

HUREWITZ, J. C.: *Middle East Dilemmas; the Background of United States Policy.*- Harper & Brothers, New York. 1953. 273 páginas.

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de Columbia, el señor Hurewitz es uno de los mejores especialistas del Cercano Oriente moderno. Autor de diversas obras, entre ellas la titulada "The Struggle for Palestine", libro fundamental para el conocimiento del problema de Palestina, el profesor Hurewitz nos proporciona en la obra que ahora comentamos un magnífico estudio sobre todos los problemas que afectan al Oriente Medio en nuestros días: Irán, Egipto, la crisis arabo-israelí, Turquía, la ayuda económica y técnica. Obra de carácter objetivo, si bien en función de la política americana, de suerte que el libro en cuestión, aparte de sus cualidades de claridad y precisión, constituye para el lector europeo un documento particularmente instructivo.

No se trata de una apología sistemática de la política oriental de los Estados Unidos, pues ya en la primera página nos dice que la política americana en el Medio Oriente no ha plasmado aún en sólidas realizaciones, siendo su deseo el de esbozar, con el mayor rigor científico, las razones por las cuales dicha política americana se ha visto obligada a interesarse por esta región, haciendo un somero estudio de sus esfuerzos, sus éxitos y sus errores. Hasta la segunda guerra mundial los Estados Unidos apenas se interesaron por los problemas del Oriente Medio, considerándola como esfera de influencia británica, desde el doble punto de vista político y estratégico. Al término de la contienda, la liquidación del antiguo sistema imperial británico ha obligado al Gobierno norteamericano, deseoso de evitar el expansionismo soviético, a abandonar su política anterior de interés sin responsabi-

lidad, sustituyendo así al Imperio británico cuya decadencia se acentuaba por momentos. Se trata de una especie de relevo, un poco forzado y no exento de fricción, puesto que ambas Potencias no han podido ponerse de acuerdo, y a la hora actual la armonía entre ellas dista mucho de haberse logrado. Buena prueba de ello nos la dan los numerosos incidentes habidos en dicha zona. Un día es en El Cairo donde los oficiales y funcionarios ingleses despliegan una constante actividad a fin de convencer a los egipcios que los Estados Unidos favorecen el Sionismo, favoreciendo el desarrollo de un sentimiento antiamericano al objeto de ganarse la amistad árabe. Durante la guerra, las protestas del Departamento de Estado contra las actividades del Ministro británico en Djeddah para quebrantar la posición americana entre los países árabes fueron combatidas por quejas análogas del Forcing Office contra el Ministro americano.

Por encima de estos incidentes de poca monta, el autor señala una dificultad de estructura debida a la sutileza de la política oriental de la Gran Bretaña y que habría de complicar el relevo imaginado más metódicamente por los Estados Unidos. Los británicos habían celebrado acuerdos permanentes de tipo militar, sobre la base de derechos temporales, en Irak, Jordania y Egipto, o provisionales, como en el Sudán. Posteriormente los americanos pudieron comprobar que los acuerdos defensivos llevados a cabo por los británicos en posiciones clave tales como Egipto, Sudán, Irak y Jordania, lo eran sobre la base de derechos no transmisibles jurídicamente; mas aunque no hubiera existido esta dificultad jurídica, la unión anglo-americana según el antiguo

sistema imperial hubiera sido políticamente indescable en razón de la excitación nacionalista y de las tradiciones americanas.

La sustitución de los ingleses por los americanos, difícil en los países árabes, especialmente a partir del clima creado por el problema de Palestina, iba a realizarse sin ningún tropiezo en Turquía, donde la Gran Bretaña ni poseía concesiones de tipo económico ni gozaba de ningún derecho preferencial, ni político ni militar. A medida que los americanos, obligados por circunstancias de carácter estratégico, se inmiscuían en los asuntos del Medio Oriente, corrían el riesgo de las contradicciones íntimas, implicadas por la extrema complejidad de los problemas orientales. Al término de la primera guerra mundial, los ingleses, que habían hecho muchas promesas, procuraron solucionar del mejor modo posible los conflictos que se les presentaron. Al acabar la segunda guerra, los americanos se vieron ante problemas tales como el de Palestina, en el que, a pesar de sus buenas intenciones, no podían satisfacer los deseos de árabes y judíos al mismo tiempo.

En la perspectiva de este examen de conciencia, las cuestiones sociales se vinculan íntimamente a las condiciones políticas y a las necesidades de seguridad, siendo el problema principal encontrar un sistema que una a los Estados Árabes y a Occidente y

que sea suficiente para proteger la región contra un posible ataque de los rusos. El Programa de seguridad mutua no ha conseguido solucionar tal problema. La reforma social y económica es imprescindible y tanto la propaganda soviética, como el Punto 4 y los esfuerzos de asistencia técnica realizados por las Naciones Unidas y por la Gran Bretaña han contribuido a hacer contagiosa la revolución por decreto, sobre todo en la zona vulnerable del Oriente Medio. Ello ha creado nuevos problemas, a saber: ¿Es posible controlar el proceso de revolución social una vez puesto en marcha? Si los Estados Unidos intentan hacerlo, ¿no constituiría esto una ingerencia en los asuntos privativos de los pueblos del Oriente Medio?

El señor Hurewitz es franco en sus juicios: los esfuerzos de los Estados Unidos en el Oriente Medio no han dado, hasta la fecha, los resultados apetecidos, y para hacer frente al problema se plantean dos soluciones: o abandonar los objetivos americanos en Oriente Medio, calculando muy bien las consecuencias estratégicas de tal decisión, o emplearse más a fondo estudiando con más cuidado las necesidades y tradiciones de los pueblos del Oriente Medio que, hasta el presente, han estado un poco al margen.

J. M. L.

RAUD, V.: *Estonia*.—The Nordic Press, Inc. New York. 1953.

Los cien mil estonianos que viven en el mundo libre representan una fuerza nada despreciable en la lucha sorda que el pueblo sostiene contra el comunismo soviético. Estos estonianos creen sinceramente que la mejor forma de ayudar a su país y a sus compatriotas es la de dar a la luz pública un fiel relato de lo que acontece en su propia patria y de los desmanes llevados a cabo por los rusos. Es un toque de atención para el mundo occidental lo que estos patriotas pretenden, pues lo sucedido en Estonia no es, sino el fiel reflejo de lo que ocurre en todos los países ocupados por los soldados de la Unión Soviética. El libro de Raud sigue esta línea y pretende llenar el vacío existente entre las obras publicadas en lengua inglesa dedicadas a estudiar el país

estoniano. La última de dichas obras era la de Fullerits, aparecida en 1937, y que, por tanto, no recoge los acontecimientos de los años que precedieron inmediatamente a la contienda bélica, años en los que Estonia realizó un progreso ininterrumpido tanto en el campo político como en el económico y cultural. Particularmente el año 1938 tiene una importancia capital para el estudio de la historia de Estonia, pues es el último año normal anterior a la guerra y que marca la terminación de una época en los problemas de Europa.

La obra de Raud va dividida en seis grandes capítulos, en los que se abordan temas de indudable interés para el estudio del país estoniano. En el primero, dedicado a estudiar la historia del país, se hace una

somera exposición de los acontecimientos que condujeron a la ocupación del país por las tropas soviéticas. Los acuerdos salidos de la entrevista Ribbentrop-Molotov en 23 de agosto de 1939 constituyen la base para la ocupación y conquista del pueblo estoniano por los comunistas. Esta primera ocupación rusa duró catorce meses, siendo sustituida, en agosto de 1941, por la ocupación alemana hasta que, en septiembre de 1944 y con la retirada de las fuerzas germanas del suelo estoniano, los soviets volvieron a ocupar el país. Los procedimientos empleados ya en los primeros momentos son los ya típicos de los comunistas rusos: destrucción de la vida económica, política y cultural del país, deportaciones masivas, nacionalización de los medios de producción, baja del nivel de vida, etc. Es altamente instructiva la lectura de este capítulo para poner al descubierto los méto-

dos soviéticos en los países ocupados. En los capítulos siguientes se hace un amplio estudio de la vida administrativa, económica y cultural de Estonia. El capítulo V está dedicado al estudio de las medidas adoptadas por las autoridades soviéticas a raíz de la ocupación, y el último, a la posición de los estonianos en el exilio y a los esfuerzos que estos hacen cerca de las Naciones Unidas y de otras Potencias occidentales para poner de relieve el sistema inhumano de los comunistas y la necesidad de llegar a la liberación de los países bálticos y de los pueblos ocupados por los soviets. La obra de Raud es sencilla y aleccionadora; lo ocurrido con Estonia puede repetirse en otros pueblos aún no sometidos al yugo comunista, y esto es lo que el mundo libre debe evitar a toda costa.

J. M. L.

MANNERHEIM, G.: *Mémoires*.—*Les mémoires du maréchal Mannerheim, 1882-1946*.—Hachette, Paris, 1952.

Traducción abreviada de la obra del famoso general finlandés, el libro nos da a conocer la extraordinaria personalidad de su autor, quien recibió sus enseñanzas militares en el ejército ruso, en el que sirvió durante la primera guerra mundial, alcanzando el grado de general al iniciarse la revolución roja, en octubre de 1917. Su profundo conocimiento del país y del carácter rusos, le capacitó para resolver los problemas entre Finlandia y Rusia, con gran conocimiento de causa, siendo su elección a la presidencia de la república finlandesa bien acogida por los propios rusos. Las memorias de su vida, primero al servicio de los Zares y más tarde luchando activa o pasivamente contra la Unión Soviética, ofrecen un enorme interés para el lector. Especialmente aquellos capítulos en que trata de la primera guerra mundial, la lucha de Finlandia por su independencia a raíz del conflicto bélico y el papel desempeñado por los finlandeses en la segunda contienda. Los detalles relativos al poderío militar del ejército ruso en la primera guerra y el proceso evolutivo en la defensa de Finlandia, resultan más interesantes para el estudiante de cuestiones es-

tratégicas en tanto que sus opiniones personales y sus comentarios de acontecimientos políticos, en el mundo entero, serán de mayor utilidad para el de Derecho Político o de Historia.

Poco después de la primera guerra mundial el mariscal Mannerheim acarició la esperanza de un colapso de la Rusia bolchevique, que no habría de tardar en producirse, y esperando que Finlandia habría de ayudar a Rusia en la lucha contra los soviets y en sus tareas de reconstrucción. Por todo ello hubo de deplorar la negativa de Lloyd George a ayudar a los movimientos contrarrevolucionarios en la propia Rusia criticando severamente la actitud pro comunista de los Sindicatos ingleses en aquella época. Como presidente del Consejo de Defensa Nacional, el mariscal Mannerheim presentó un proyecto ambicioso en cuanto a la defensa del país, si bien le faltó la ayuda económica del propio Gobierno para llevarlo a cabo. El líder laborista Vinó Tanner se opuso tenazmente a unos que, en su opinión, "eran totalmente innecesarios, pues ya no habría guerras en el futuro". Mannerheim, por el contrario, estaba firmemente persuadido de que la

situación de Europa y, particularmente la crisis abisinia, conducían, fatalmente, a un nuevo conflicto bélico. En 1939 presentó un plan para la defensa y fortificación de las islas Aland, esperando atraer el interés de los suecos, mas posteriormente, al rechazar el Gobierno finlandés las pretensiones soviéticas relativas a la posesión de ciertas islas, necesarias a su seguridad en caso de un ataque alemán, las esperanzas de colaboración con los suecos se desvanecieron por completo. El propio Mannerheim nos cuenta cómo él mismo favorecía estas pretensiones de los rusos, recomendando un cambio de fronteras, más a Occidente, para aumentar así el sentimiento de seguridad de los soviets con respecto a la zona de Leningrado. El Gobierno finlandés persistía en su obstinada negativa a entenderse vis a vis con los rusos, al par que regateaba a Mannerheim los medios necesarios para llevar adelante su plan de defensa y fortificación. Según el General el pueblo finlandés se daba mejor cuenta del peligro comunista que el propio Gobierno.

Los comentarios en torno a la guerra de invierno son muy interesantes, y gracias a su insistencia se solicitó la paz de febrero, sintiendo que los suecos no hubieran hecho saber a la Unión Soviética que "en caso de un acuerdo no aceptable para Finlandia, el Gobierno sueco modificaría su actitud de acuerdo con las circunstancias". Quizá una intervención sueca en este sentido hubiera bastado para lograr para Finlandia unas condiciones de paz más beneficiosas. Mannerheim critica igualmente la oposición soviética, a raíz de la guerra de invierno, a los diversos intentos sueco-finlandeses en torno a la conclusión de una alianza de tipo defensivo. El mariscal llama a la segunda guerra ruso-finlandesa la "Fortsättningskrig", pues en su opinión no era sino una nueva fase de la anterior, si bien ahora Finlandia estaba al lado de Alemania. Manifiesta que Finlandia nunca fué un aliado convencido de Alemania, y que, una vez alcanzadas sus antiguas fronteras, el Gobierno dió órdenes a sus tropas de no proseguir el ataque, a pesar de las

protestas germanas, no permitiendo cruzar el río Swir. Pesaroso por la declaración de guerra de la Gran Bretaña, Mannerheim encontró cierto consuelo en la carta personal que le dirigió Churchill y en la que le manifestaba que "la lealtad hacia nuestro aliado ruso nos obliga a hacer esto". Mannerheim se opuso igualmente a todos los intentos germanos de forzar al Gobierno finlandés a no concluir un Tratado de paz sin el permiso de Alemania. Cuando, a pesar de sus protestas, se firmó el Acuerdo, firmado por Ryti, el mariscal afirma que "Ryti se sacrificó a sí mismo en aras de su pueblo". Cuando la Unión Soviética, en junio de 1944, presentó sus demandas de rendición incondicional y prisión de todos los soldados germanos existentes en suelo finlandés, Finlandia se vió obligada a continuar la lucha hasta el momento en que su situación fuese más favorable a un acuerdo de paz, y ya en agosto de 1944 los rusos abandonaron sus pretensiones a la capitulación y permitieron la evacuación de tropas alemanas del suelo finlandés.

Al terminar la guerra fué elegido presidente de Finlandia, ocupando dicho puesto hasta el día 4 de marzo de 1946, en que se vió obligado a dimitir por razones de edad y de salud. Su muerte acaeció el día 23 de junio de 1951, a la edad de ochenta y cuatro años, y con él perdió Finlandia uno de sus hijos más preclaros y un fiel servidor de los intereses de su país. La historia de su vida es, pues, la historia de Finlandia. La traducción francesa es buena y la reducción de los temas se ha hecho con el mayor esmero. El prólogo del general francés Weygand es un caluroso tributo al "ardiente patriota, gran capitán por sus cualidades de jefe de estrategia, hombre de Estado, tan certero en la dirección de los asuntos políticos como preocupado por las cuestiones sociales; en suma, un europeo excepcional". Pueden repetirse, pues, las palabras del propio general Weygand relativas al mariscal finlandés: "Je m'honore d'avoir été l'ami de ce chevalier sans peur ni reproche".

J. M. L.